

patrona del barrio, que luce en su altarito casero entre unos claveles reventones y unas velas que chisporrotean.

¿Qué extraña preocupación inquieta a la mocita que no la deja parar un segundo? Muy grave debe ser su tormento y mucha su devoción para no salir de la alcoba, que en esta bochornosa tarde de Julio parece un horno, cuando tan ricamente se está abajo, a la grata sombra de la "vela" corrida sobre el patio y a la verita de un botijo que rezuma agua fresca como la nieve.

—¿Entavía estás así, chiquiya? —pregunta la madre asomando su larga y negra nariz al santuario donde la mocita se consume—. ¿E que quiere freíte aquí dentro como un guñuelo, hija mía?

—Lo que yo quiero bien lo sabe usted, mare; usted y tos, porque tos saben en Triana er cariño tan grande que Juaniyo y yo nos tenemos. Hasta en los papele ha venio.

—Claro, como er niño está de moda, hasta de sus amore se habla; pero ten cuidao con é, que la popularidá é una cosa mu malita, y si hoy hablan de ti mañana puen habla de otra...

—¡Ay, mare; no diga usted eso...! ¡Con lo que yevo resao por é...!

—Resao y yorao; que si la Mardalena gorviera le quitaban er puesto y te lo daban a ti. Pero no te fie de los hombre, que son mu veleta tos.

—Mi Juaniyo, no. Mir vese m'ha jurao que la tarde que lo saquen en hombro ya nos podemos tomar los dicho.

—No haga tú caso de los dicho, sino de los hecho.

—Hoy me da er corasón, mare, que va a tené un gran triunfo.

—Como que toíta Triana s'ha dío a verlo.

—¡E mucho mi Juaniyo, mare!

—Entendío sí dicen que é...

—¡Y lo que se arrima!

—Eso tú sabrás.

—Lo mejore pase, lo suyo.

—Er *Noisiero* der domingo pasao lo ponía po la nube.

—¡Si vale mucho! To er mundo lo dise. ¿Verdá, mare, que to er mundo lo dise?

—Sí, hija de mi arma; to er mundo lo dise. Pero deja ya este achicharraero y vente ar patio, que te estás dirritiendo como un sirio...

—No, mare; no podría está tranquila escuchando los chisme de las vesina mientras mi Juaniyo se juega su porveni. Mi puesto está aquí, ar pie de esa cómoda, resando para que no le pase na malo...

—Pero ¿qué le pué pasá? —dice la vieja con asombro.

—¿Y usted me lo pregunta, mare? ¿Usted me lo pregunta?

Y la angustiada mocita rompe a llorar sin consuelo, mientras la madre, por no pegarla dos *gofetás*, da un portazo que hace temblar toda la casa, y baja al patio lanzando maldiciones sobre Juaniyo y toda su parentela.

Estreyita cae de rodillas ante la cómoda, sobre cuya tapa de mármol se alza el florido altarito, y, entre hipos, suspiros y ayes, se la oye rezar así:

¡Ay, señá Santa Ana,
mare de la Vinge
y agüela de Dío;
sólo vi a pedirte
que traigan en hombro
ar que quiero yo!

La mocita se alza de pronto. ¿Qué gritos son esos que se oyen en la calle por la parte del puente? Parecen aclamaciones, hurras... Se asoma, temblando, y tiene que sujetarse a los hierros del balconcillo para no caer de la emoción. Es su novio el que baja por el puente trianero en hombros de una muchedumbre que lo aclama.

—¡Viva Juaniyo...!

—¡Vivaaaa...!

Las puertas, ventananas y balcones se llenan de vecinos que lo vitorean. Estreyita no puede resistir tanta felicidad, y no sabe si llorar o reír... ¡Por fin llegó el instante soñado!

El gentío se detiene ante la casa de la novia del héroe, y éste, sudando a mares en su jersey de futbolista, se levanta sobre los hombros de sus admiradores y dice gritando, jubiloso, a su chavala:

—¡Hemo triunfao, chiquiya!

—¿Por cuánto? —pregunta ella anhelante.

—¡¡Por tre a sero!!

Salvador Valverde

(DIBUJOS DE MARTINEZ DE LEON)

